

MISTERIOS ARLTIANOS: CÓMO SER UN CONSERVADOR EXCÉNTRICO

por
Débora Pérez Louro

Deseamos en este ensayo comentar cómo es, en líneas generales, la escritura de Roberto Arlt. Hemos elegido para este análisis un grupo de aguafuertes inéditas hasta 1996, pensadas por el autor para ser publicadas en el diario *El Mundo*, recopiladas por Sylvia Saítta y Gastón Gallo, y reunidas bajo el sugestivo título de: *Secretos femeninos*.¹ Si bien nos ha interesado este *corpus* de textos periodísticos, creemos que en toda su literatura es posible rastrear los rasgos salientes que proponemos en este trabajo. Nuestro objetivo consistirá en demostrar de qué manera la paradoja, no percibida durante tantos años, usurpa la escritura arltiana y cómo una lectura cuidadosa debe reponer ciertos significados que el texto se empeña en naturalizar.

El Prólogo de nuestra edición, a cargo de Guillermo García, caracteriza la escritura de este autor como *excéntrica*. Este atributo, válido — por cierto — en determinados aspectos, no hace más que confirmar un modo de recepción que ubica a este escritor, desde lo ideológico, en un sitio marginal. Veamos ahora de qué forma se justifica esta desviación. Debemos aclarar, en primer término, que el adjetivo adquiere aquí su valor original, significa «que está fuera del centro». Es preciso considerar el centro como el lugar de lo aceptado, lo convencional, espacio socavado y evitado sistemáticamente por la expresión arltiana. De acuerdo con lo expuesto por García, esta tendencia anárquica es «rastreada sobre todo en los materiales con que se construye el texto, en el trabajo con los géneros y en el tratamiento de los temas».²

Continuemos tras los pasos señalados en este paratexto a fin de justificar aquella excentricidad

planteada. En lo que a lo lingüístico se refiere, casi toda la tradición crítica de Arlt ha operado entre el remanido juicio acerca de la «mala escritura» y el elogio de figuras como Juan Carlos Onetti o Ricardo Piglia, quienes han leído la desprolijidad de otra forma. Para ellos, la escritura arltiana trata de rescatar un cúmulo de voces desplazadas de los sistemas literarios dominantes y de incorporar al territorio de las letras lo excéntrico-lingüístico: el uso del dialecto inmigratorio, el lunfardo y las jergas. Los textos que nos proponemos analizar muestran a las claras esta inclusión; frases como «Él (...) aguantaba la mecha», «tírese a muerto, no mande nada» o «jeta de besugo, napia largota todo un mozo narizotas (...) sin decir ni oste ni moste. Y el bablón narizotas dale que dale» son sólo algunos (de los innumerables) ejemplos de lo expuesto. No obstante, a pesar de la tensión existente entre estos dos polos (la reprobación o el halago), nos encontramos siempre con el mismo modo de lectura que sigue emplazando a Roberto Arlt en los márgenes.

El trabajo desde lo genérico también ha merecido un comentario similar. En algunos textos, este escritor echa mano a formas altamente cristalizadas con fines humorísticos, caricaturescos o para expresar contenidos extravagantes. En otros, como en las aguafuertes, surge en primer plano el problema de la hibridación. Pensemos que, ya desde la actividad periodística, está presente el aspecto lateral mencionado anteriormente; no solamente, a causa del alejamiento que esta tarea supone de la literatura, sino además, puesto que esta desviación obedece a un juicio de clase: «Es un marginal, porque debe trabajar en un diario

para ganarse la vida».³ No debemos perder de vista en este punto la inestabilidad misma que se desprende del concepto del género *aguafuerte*. Esta lámina de la realidad le permite al autor el cruce de registros referenciales y literarios y se convierte en un espacio apto para lo híbrido. Los textos que conforman el *corpus* elegido dan cuenta de estas intersecciones: mutan de las cartas de lectores a la nota de opinión, de la columna humorístico —ideológica a la respuesta al público. El género por el cual opta le posibilita estos desplazamientos, pero lo inscriben, al mismo tiempo, en el sitio periférico del que hablábamos. Cabe destacar que, si bien a través de estas líneas en el diario *El Mundo* logra acceder a un número enorme de lectores,⁴ este ámbito popular no lo eleva al parnaso literario, sino que lo confirma en lo excéntrico.

Si pensamos en la desviación, lo temático también se impone en este análisis. Los rituales menores entre el hombre y la mujer se emplazan en sus líneas periodísticas, codeándose de este modo con los acontecimientos más relevantes de la época. Quizá el referente, como elemento de análisis, se constituya en uno de aspectos más evidentes de la marginalidad propuesta. En la narrativa de Arlt, es notoria su predilección por los seres apartados socialmente de lo convencional, por los desclasados, por aquellos que han caído a las profundidades más sórdidas del sistema. En estos personajes, encontramos, de manera clara, la certeza de la no-pertenencia a un lugar definido dentro de la sociedad. La angustia existencial, surgida a partir de la ajenidad padecida por ellos, los ubica en las geografías de tránsito o de marginalidad. Por ejemplo, en «Diálogo de pensión», el tipo arltiano del *homo erraticus* se presenta en su hábitat: la pensión, lugar transitorio por naturaleza. Este personaje, hombre solitario, cínico y sin familia, no solamente carece de un hogar fijo (física o espacialmente hablando), sino que tampoco posee un sitio social, institucionalmente aceptado, y sólo espera —convertido en antihéroe— comprender un lugar que le dé sentido a su existencia. Como vemos, lo temático subraya una vez más la preferencia de este escritor por los márgenes. Debemos entender este tercer punto, el referencial, como una doble desviación: por un lado, la presencia de seres extrañados, incomprendidos o enajenados y de lugares periféricos y, por otro, la incorporación de contenidos extravagantes o insólitos a espa-

cios tradicionalmente destinados a otros tópicos. Lo importante es que en ambas direcciones la excentricidad planteada se pone de manifiesto.

Queremos retomar ahora una idea esbozada en el comienzo de este ensayo: la marginalidad, leída por García y comentada por la mayor parte de la crítica, constituye un acierto si sólo tomamos en cuenta el costado social presente en la producción arltiana. Es decir, todo lo expuesto hasta este momento resulta parcialmente correcto y supone una mirada sesgada de la escritura de Arlt, que ignora de un modo evidente otras posibilidades de lectura. Afirmar con tanta insistencia el desplazamiento arltiano del centro denota el descuido, casual o causal, por el material semiótico con el que está construido su discurso.

Nos interesa comentar a continuación esos otros aspectos presentes y capitales de las aguafuertes. Trabajaremos aquí con la definición propuesta por Voloshinov de *signo ideológico*, valorativo y material, y de *lenguaje* como unidad mínima de la actividad intelectual que encierra en sí misma una concepción de mundo. Debemos recordar además la concepción bajtiniana sobre la palabra como un espacio habitado, en el cual se desarrolla el combate entre las distintas valoraciones sociales que pugnan por usurpar el signo y así perpetuarse en el poder. Para abordar nuestra tarea, es conveniente plantearnos algunos interrogantes acerca de la materialidad discursiva que nos ayuden a desentrañar su funcionamiento textual. Por ejemplo: ¿Cuántos acentos es posible percibir dentro de los textos (de los signos que los conforman) de un autor? ¿Un único discurso puede ser a la vez central y excéntrico? Lo que pretendemos en estas líneas es cuestionar la marginalidad arltiana como algo absoluto y reflexionar del siguiente modo: *si ser excéntrico supone ocupar un espacio lateral en lo literario desde lo lingüístico, lo genérico y lo temático y ser central implica convalidar los acentos dominantes del signo lingüístico, ¿es posible la convergencia de ambas posiciones en un mismo discurso? Los textos de Arlt constituyen una prueba evidente de que esta conciliación no es impensable.* Para analizar en qué aspectos el discurso arltiano se erige como hegemónico, debemos considerar la teoría de Elsa Drucaroff acerca de los órdenes discursivos.⁵

En las líneas anteriores, mencionamos que las palabras son arena de lucha; ahora tenemos que ahondar en este tema, afirmando que los protago-

nistas de este enfrentamiento son las clases sociales y los géneros. Cada uno de ellos pugna entre sí por imponerle un determinado acento a las palabras, para luego naturalizarlo, para que esta valoración sea percibida como neutra y se eternice en ellas. Para comprender mejor este planteo, definiremos a continuación ambos órdenes discursivos:

«...el Orden de Géneros Sexuales es el conjunto de discursos por medio de los cuales tiene lugar, por lo menos en principio, la lucha de los géneros femenino y masculino, por medio de los cuales se la ocluye, se la exhibe, se ejerce el poder de un género sobre otro, se resiste ese poder frontal o subrepticamente».

«El Orden de Clases es el conjunto de discursos por medio de los cuales tiene lugar, por lo menos en principio, la lucha de las clases sociales antagónicas y los fenómenos de enfrentamiento que ella provoca, el conjunto de discursos por medio de los cuales se la ocluye, se la exhibe, se ejerce el poder de una clase sobre otra, se resiste ese poder frontal o subrepticamente».

No debemos perder de vista que ambos órdenes son independientes, que por momentos se entrecruzan, pero que nunca se confunden. En este sentido, es preciso tener en cuenta que, como no existe subordinación entre ambas instancias, a lo expuesto por Voloshinov acerca del signo ideológico como *arena de la lucha de clases*, debemos sumarle *de la lucha de géneros*. Ahora bien, partiendo de estos conceptos intentaremos auscultar los múltiples latidos acentuales que subyacen en los signos de las aguafuertes arltianas, en tanto manifestación de intereses de género antagónicos.

Nos interesa trabajar con tres tópicos, desarrollados a lo largo de toda la literatura de Arlt, y, especialmente abordados en estas aguafuertes: el matrimonio, la castidad femenina y el menosprecio por las féminas. Los tres dan cuenta no sólo de la situación de inferioridad que padecen las mujeres, sino también de los mecanismos perversos (que cruzan tanto el Orden de Géneros, como el de Clases) que envuelven a los sujetos de ambos sexos en la telaraña social. Observemos algunos ejemplos para luego arribar a las conclusiones.

En las aguafuertes, el matrimonio, primer tema que deseamos analizar, se despliega en toda su amplitud. En esas líneas, queda de manifiesto que las mujeres intentan casar (¿cazar?), a como dé lugar, a los hombres, para poder de esta manera formar una familia y ser mantenidas por sus espo-

sos. Esta situación es estudiada por Drucaroff, quien la define usando la analogía del *Falo contra la red*.⁶ En esta metáfora está presente la idea de trampa- noviazgo que Arlt expone en todos sus textos. En ella, queda planteada de modo evidente la complicidad entre novias y suegras que tiene como fin artero atrapar al novio incauto. Por supuesto, esta entelequia no se vincula con lo fisiológico, pero posee, sin duda, una materialidad semiótico- ideológica potente. En «La madre en el balcón», el autor textual elige determinados términos que no hacen más que mostrar cuál es el rol de cada uno en la relación y cómo se desarrolla el noviazgo: mientras la novia intenta llevar a la «magnífica bestia (...) al matadero (Registro Civil)», para no quedar «agriada por el celibato» como su hermana mayor, «una señora gorda, con pinta de hipopótamo que buchea agua, (...), la madre vigila (...) implacable» y «devanta la guardia». Ésta parece ser la tarea más trascendente desplegada por estas suegras que se convierten en verdaderas militares a la hora de que sus niñas cumplan con su destino. Esta última palabra no es azarosa, ya que en las páginas arltianas la boda aparece como el fin primordial de toda mujer. Resulta curioso el modo en que opera en estas féminas el casamiento; si bien éste constituye su objetivo fundamental, las transforma en «matronas de carne dura y de gesto mandón». No obstante, la condición de las solteras⁷ tampoco es mejor, puesto que no han cumplido con su destino. En «Mujeres después de los veintiséis años», es posible ver que ellas poseen «lindas almas de piedra y magníficos corazones de corcho», viven la «epidemia» en el «infierno de la solteras» y, como no han sido tocadas por la «prodigiosa aventura» del matrimonio «parecen brasas cubiertas de una fina película de ceniza». En estos ejemplos, se puede observar cómo el campo semántico de la muerte y la enfermedad se despliega sobre aquellas que no se vinculan con los hombres. De este modo, la evasión o el aplazo del matrimonio son vistos como una desviación que se paga caro. Por ejemplo, en «Hoy hablemos de las poetisas», la mujer que tiene intereses intelectuales, cuando cumple «treinta años», desea ser «una vulgar ama de casa; estar casada con un señor que entienda de cuentas», pero «ya es tarde». Volveremos más adelante con esta aguafuerte.

También resulta interesante el juicio que merecen de parte del Arlt- narrador los bigamos. En «La honorable profesión de bigamo», este ser es

descrito como «un hombre candoroso, tierno de corazón y animado por un extraordinario sentimiento de justicia, que lo obliga a proceder salomónicamente». Constituye casi una antítesis ligar la «justicia» a aquellos hombres que la violan, cometiendo un delito para la ley. Sin embargo, el bigamo goza de este beneplácito, debido a que otorga al por mayor aquello que las damas añoran: el casamiento. Es decir, como él no mancha el buen nombre de sus esposas, «la engañada queda con la mercadería a salvo y su crédito sin grieta de ninguna catadura», su falta es menor. En esta concepción, puede observarse que lo fundamental no son los sentimientos de las esposas, sino el honor de ellas frente a la sociedad.

Otro asunto vinculado a la boda, que merece nuestra consideración, es la tensión entre pasividad- actividad que atraviesa a las mujeres. Aunque en los textos arltianos se evidencia que son ellas las que quieren atrapar al novio, deben jugar «la comedia de la pudibundez», esto implica desempeñar un rol activo (en la caza de buenos partidos), pero simular una pasividad que les haga creer a sus novios que son ellos los que actúan. En «Misterios femeninos», queda clara la farsa que se lleva a cabo. Debemos, para este análisis, preguntarnos qué clase de verbo es *besar*; aparentemente puede ser transitivo (cuando un sujeto A besa a un objeto B o cuando un objeto B es besado por un sujeto A) o recíproco, en su forma pronominal *besarse* (cuando dos sujetos se besan entre sí). Sin embargo, es preciso aclarar que dicha reciprocidad sólo existe en la gramática y que los noviazgos de Arlt están signados por la transitividad. En esta aguafuerte, una «amiga» del narrador se queja de su novio, quien ha demorado un año en besarla, ella afirma que le «hubiera agradado mucho besarlo» y que la besara. No obstante, cuando «al cabo de un año», el hecho ansiado se concretó, ella recibió «el beso fríamente». Es decir, a pesar de que durante tanto tiempo ella ha estado esperando paciente y pasivamente esa demostración de amor, en el momento en el cual se produce el contacto, finge indignarse. Resulta obvio, aunque no por eso menos pertinente, que el motivo de esta ofensa no se halla en los sentimientos de la muchacha, sino en el resguardo de su pudor, en «el disfraz con que enmascaran sus palabras y sus actos». Como vemos, para que este verbo pueda ser vivido como recíproco, son necesarias la caída de los estereotipos femenino-pasivo, masculino-acti-

vo y ciertas condiciones de género que están lejos de estas relaciones. Este verbo es un elemento mínimo, pero nos sirve de ejemplo para mostrar cuál es el rol que deben adoptar los hombres y cuál, las mujeres.

Nuestro segundo tema, la castidad femenina, adquiere en Arlt dimensiones inusitadas. A lo largo de sus obras, esta imposición especulativa y, por supuesto, obligatoria se multiplica en los personajes femeninos. El primer punto a tener en cuenta es que el interés en guardar el estado casto constituye uno de los pilares de la actividad femenina que tiene como fin el casamiento. Es decir, un ingrediente fundamental de las trampas- noviazgos es el cuidado de la castidad; sin él, el pretendiente puede desgarrar la red, infamar a la novia y tener un motivo válido para huir. En «Una pobre mujer», se nos expone con claridad como «un mal paso» (eufemismo que curiosamente no precisa explicación alguna y ha devenido un lugar común dentro de la literatura popular, en el tango, por ejemplo), dado a los «diez y siete años», puede arruinar la vida de una señora que, aunque logró casarse con otro, sigue siendo «una pobre mujer». Resulta interesante el modo en el que Arlt introduce las supuestas palabras de esta mujer. A pesar de que elige el discurso directo, aparente garante de una reproducción textual impoluta, pueden verse en la frase las valoraciones sociales dominantes que reprueban el libre desempeño femenino. Ahora bien, también es probable que la aceptación sumisa haya llevado a una señora a pedir ayuda diciendo: «Me perdonó (...) yo me resigno a todo porque sé que no tengo derecho a nada». Este renunciamiento a la propia dignidad merece que nos preguntemos el motivo por el cual un ser inocente llega a ese punto. La respuesta se halla indudablemente en la *falsa conciencia*, mecanismo por el que las relaciones de la base aparecen invertidas en la superestructura. ¿Qué otra cosa sino falsa conciencia puede ser el pedido para Arlt «Señor hable a favor mío (...) (para volver a) ser apreciada como esposa» y la humillación padecida «sirvo igual que una sirvienta, no como una esposa y así también me llama»? También es interesante observar cómo la ley no es pareja para ambos esposos. Luego de la extensa perorata litúrgica que intenta hacer entrar en razones al señor y que ubica a Arlt absolutamente en el centro de la moral judeo-cristiana que equipara sexo y pecado, el narrador le pregunta a fin de que reflexione: «¿No has enga-

ñado a ninguna mujer antes de casarte?». Como bien sabemos, si lo que intenta el narrador es que el hombre se ponga en el lugar de su esposa para comprenderla mejor, el interrogante debería haber sido otro, por ejemplo, ¿Acaso tú no has pecado carnalmente antes de casarte con tu mujer? Esta pregunta sería impensable para Arlt, pero la ley —que nosotras no hemos inventado— debería ser pareja y no tendría que ser rigurosa.

Como ya hemos explicado, la preservación de la castidad no constituye una honesta voluntad femenina, sino un deseo conveniente, una estrategia para asegurarse el tan ansiado casamiento. Debemos aclarar que, por consiguiente, son también las mujeres víctimas de esta imposición y ahí radica el doble mecanismo perverso en el que se encuentran: a las oprimidas del sistema se les exige que contribuyan a la perpetuación del mismo. Ya hemos comentado, la complicidad en la que se sumergen la novia y la suegra, a esto debemos sumarle la acción de los vasallos del sistema. A la hora de resguardar la castidad de las niñas se echa mano a todos los elementos disponibles, el hermanito de ella es sólo un ejemplo. En «El acompañante», queda en evidencia el malestar que le produce al menor «la labor medianera y antimasculina que le encargan». Nuevamente se nos aclara cuáles son las tareas que le interesan a las mujeres y cuáles a los hombres. A pesar de ser pequeño, él ya es consciente de que el rol de un «Lazarote o un Roldán del pudor doméstico» es minúsculo para su hombría y «siente menoscabada su dignidad de purrete porque le miran a la mocita». Lo curioso es que a tan temprana edad haya comprendido, ingenua pero certeramente, lo expuesto por Lévi-Strauss⁸: la circulación de mujeres se produce entre hombres que las poseen; de ahí, el reemplazo pronominal del objeto indirecto: *le* miran a su hermana porque ella es de su propiedad (aunque no sea una cuestión individual, sino familiar, «Todo mocoso tiene una idea exageradísima del honor de la familia y de la hermana»).

El tercer tema que deseamos abordar es el menosprecio de Arlt-narrador por las mujeres. La subestimación intelectual que nos profesa en las aguafuertes, y en toda su obra en general, desaparece cada vez que se topa con una mujer sagaz. Claro que su misoginia no le permite hacer explícito el reconocimiento de esa inteligencia; no obstante, podemos leer su silencio o la ausencia de comentarios sarcásticos como un indicio de res-

peto. Es posible que este respeto se encuentre vinculado, como sucede a veces, al miedo, ya que se presiente en él el temor a una enemiga que se corre del lugar previsto en el frente de batalla, se coloca al lado de su contrincante (en posesión de la pluma) y exhibe el funcionamiento de las armas propias de su bando. En «Opina una soltera», esta situación se pone de manifiesto. Esta mujer que toma la palabra para dejar al descubierto los mecanismos de sometimiento femenino, que se diferencia de las demás, no sólo por ser soltera y tener treinta y cinco años, sino también por trabajar y ganarse la vida, plantea con total lucidez: «dénle durante dos o tres años a una mujer oportunidad de ganarse decentemente la vida, y verá cómo esa misma mujer, a medida que se va volviendo consciente de sus fuerzas, se hace cada vez más refractaria a dejarse engranar por una vida, donde hay diez obligaciones para una sola satisfacción». Resulta curioso el hecho de que el narrador no comente esta carta que ha recibido, ni agreda a su emisora (como ocurre en otras) y se limite a calificarla de «interesante».

Mención hecha de esta excepción, verdadera rareza en el desprecio arltiano, en sus textos las mujeres aparecen como seres sin ninguna capacidad (excepto para las que considera tonterías menores como ocuparse de la casa y de los chicos, ya que el trabajo doméstico está absolutamente invisibilizado en sus escritos). En las aguafuertes, tenemos sobradas muestras de dicho menoscabo. Por ejemplo, en «La primera escaramuza», la «mujercita ideal», a pesar de ser víctima de una excusa pueril que la convierte en «engañada», despidió a su flamante esposo desde su sitio de ama de casa sumisa diciendo: «Bueno, salí querido... Que se te hace tarde. ¿Tenés pañuelo limpio?». La frase evidencia que no sólo no percibe el engaño, sino que además es «ideal» (con o sin el atroz diminutivo), puesto que, aunque piense, sin decirlo, «Todos iguales... Todos», sigue desempeñando el rol social y familiar asignado. En «Un paquete de caramelos», otra mujer tonta (casi un epíteto arltiano) es engañada por «un calavera a la violeta» y hasta se jacta de su esposo, un verdadero «cachafaz». El texto muestra con claridad que las mujeres «son capaces de quedarse junto al diablo, si el diablo tiene una sola virtud que ennoblezca su vanidad». Estúpidas o engreídas, las esposas son extorsionadas con regalos menores por los cuales venden su sagacidad. Y los maridos, conscientes de esta situación, la aprovechan y sostienen: «Con un ramo de violetas a

diez guitars, le proporcionás a tu mujer la ilusión de que sos capaz de matarte por ella».

Volveremos ahora a «Hoy hablemos de las poetisas», texto en el cual el menosprecio por la capacidad femenina se torna escandaloso. A lo largo de esta aguafuerte, es posible rastrear un sinfín de términos cuya connotación negativa se encuentra vinculada con las escritoras. Las llama despectivamente «rimadoras», cree que son «el escándalo de la tribu» y «una especie de enfermedad nacional», que publican en un «periodiquito semanal» porque son «hijas de». Denomina a sus textos «esperpentos», «versos que salen más tullidos que un modelo de casa ortopédica», «elucubros», «saetazos de su pluma». Y sugiere el casamiento como «único remedio para salvar a una poetisa incipiente», ya que éste le proveerá la única literatura conveniente para las señoras: «obras ejemplares y utilísimas, como ser el *Manual de la perfecta ama de casa*, *Manual de la cocinera* o *La médica de la casa*». ¿Puede desprenderse de estos semas otro sentimiento que no sea el profundo terror de hallarse frente a una mujer que pueda desempeñar con maestría el mismo oficio de Arlt? ¿Acaso la capacidad de construcción simbólica que conlleva el ejercicio de la literatura provee a las mujeres de una independencia intelectual que atemoriza al narrador? ¿Debemos creer de buena fe que este comentarista no conoce varones poetas, «rémoras del arte» a los que haya que sacarle «el berretín verseador de la concavidad encefálica»? En este texto, se vuelve a plantear la oposición sexista entre las «ocupaciones sanas y activas», propias de las mujeres, «dos pañales» y «el biberón del inocente» y las tareas intelectuales que, cuando son desarrolladas por «estas polillas de las costumbres», se convierten en «una enfermedad» que precisa «cura». Del *maremagnum* lingüístico-irónico de esta aguafuerte, podemos colegir dos cuestiones: la primera es la certeza de que la literatura arltiana se emplaça, en cuanto al Orden de Géneros, en un sitio central, puesto confirma las valoraciones sociales hegemónicas, y la segunda nos conduce a pensar que Arlt puede tolerar sin herir la opinión de una mujer inteligente, pero no acepta que el otro género tenga acceso a las herramientas lingüísticas de las que él echa mano en el enfrentamiento; es decir, su contrincante puede escribir cartas (género discursivo especialmente ligado a lo femenino), no obstante, su pertenencia al universo literario resulta inconcebible.

En conclusión, de todo lo expuesto podemos colegir que la literatura arltiana se establece sin inconvenientes en un ámbito conservador, ya que los signos que la conforman participan, sin objeción alguna, de la ideología dominante. Lo que nos parece más notable para señalar es que la construcción textual arltiana es consciente del conflicto de géneros que presenta; sin embargo, Arlt-narrador elude toda referencia relacionada con la discriminación sexista. Es decir, muchos de los fragmentos citados evidencian el conocimiento del autor acerca de la situación que afecta a las mujeres, pero, en ningún caso, se evidencia en ellos una sensibilidad que vaya más allá del reconocimiento de un *statu quo* que se admite como natural y que alce una voz de resistencia frente a la marginación. Es curioso, pero Arlt actúa en este aspecto como un sometido, puesto que, a pesar del reconocimiento de la tensión, intenta neutralizar la opresión femenina, aliándose de esta forma con los poderosos, disfrutando así del único espacio hegemónico que su existencia le ha posibilitado, el obtenido en el pacto entre varones.

Para finalizar, debemos reflexionar sobre los modos en los que ha sido leído Arlt. A la luz de todo lo explicado en estas líneas, no resulta extraño que, desde sectores tan disímiles, se haya insistido tanto en la excentricidad arltiana. Si existe una escritura que naturaliza la opresión, también se presenta una lectura que no percibe o a la que no le interesa decodificar esa voz dominante tan notoria y evidente en los textos analizados. Es cierto que se lee desde una posición ideológica que atañe al Orden de Clases; no obstante no debe olvidarse que también se interpreta desde un espacio ideológico en lo que al Orden de Géneros se refiere y que este lugar no se vincula con el sexo/ género del lector real, sino con una mirada orientada hacia el material semiótico que exhibe el conflicto.

Por último, debemos mencionar que el sinceramiento en las relaciones entre los géneros y la conciencia de la lucha que el sarcasmo y la ironía ponen de manifiesto, no bastan para comprender la compleja situación que involucra a varones y mujeres. Los prejuicios morales de los cuales en apariencia se burla y la farsa burguesa que presuntamente «denuncia» participan de la moral que Arlt tiene profundamente internalizada. Y fue justamente esto lo que intentamos demostrar en este trabajo: el doble juego de esta literatura y la lectura parcial que de ella se ha hecho. Por un

lado, los textos arltianos aúnan una nefasta combinación: conciencia y silencio, situación que sólo puede ubicarlos como reaccionarios en el Orden de Géneros, y, por otro, construyen un enemigo de la libertad individual que deja al descubierto no sólo su adscripción a la moral burguesa que critica, sino también la ausencia de un análisis profundo que le permita ir más allá de sus espectros misóginos.

NOTAS

1 ARLT, Roberto, *Secretos femeninos*, Buenos Aires, Editorial La Página, 1996.

2 GARCÍA, Guillermo, «Prólogo» en ARLT, Roberto, Op. Cit.

3 No trataremos aquí con detenimiento la consideración que tuvo Arlt de parte la crítica, de los popes de la literatura argentina y del mundillo editorial de su tiempo, pero entendemos que su recepción ha estado signada por sus diferencias con el centro literario argentino. Aunque el abordaje de estas cuestiones excede los propósitos de este ensayo, sostenemos que sería interesante rastrear cómo las lecturas de clase ubicaron a este escritor en posiciones tan disímiles, como el oprobio del desclasado o la revalorización de la voz popular.

4 Este tabloide poseía una enorme circulación en aquel momento. Durante la época de producción de estas aguafuertes (desde 1929 hasta 1933) el precio de *El Mundo* era inferior en un cincuenta por ciento a los demás periódicos.

5 DRUCAROFF, Elsa, «Orden de Géneros/Orden de Clases. En la palabra muerde el perro» en *Homenaje a Aída Barbagelata*, Buenos Aires, Sylvia Wendt y Marta Royo Editoras, 1994.

6 DRUCAROFF, Elsa, *Arlt: Profeta del miedo*, Buenos Aires, Catálogos, 1998.

7 Es notoria la connotación negativa que este adjetivo, cuyo valor denotativo es igual para el varón, adquiere para las mujeres. No sólo se trata de aportar con él una valoración desfavorable, sino también de definir a una persona por su estado civil. Resulta

significativo el hecho de que en español, como en otros idiomas, sea imposible referirse a una mujer sin hacer alusión a esa condición.

8 LÉVI-STRAUSS, Claude, *Las estructuras elementales del parentesco*, México, Origen Planeta, 1985.

BIBLIOGRAFÍA

ARLT, Roberto, *Secretos femeninos*, Buenos Aires, Editorial La Página, 1996.

BAJTÍN, Mijail, «La palabra en la novela» en *Teoría y estética de la novela*, Madrid, Taurus, 1992.

DRUCAROFF, Elsa, *Arlt: Profeta del miedo*, Buenos Aires, Catálogos, 1998.

----- «Orden de Géneros/Orden de Clases. En la palabra muerde el perro» en *Homenaje a Aída Barbagelata*, Buenos Aires, Sylvia Wendt y Marta Royo Editoras, 1994.

LÉVI-STRAUSS, Claude, *Las estructuras elementales del parentesco*, México, Origen - Planeta, 1985.

VOLOSHINOV, Valentín, *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1976.

Débora Pérez Louro es Profesora de Castellano, Literatura y Latín (Inst. Superior del Profesorado Dr. J. V. González) y Licenciada en Letras (USAL).